José Abril Argemí

COLECCIÓN DE DIÁLOGOS

MATARÓ
Tipografía de Pedro Vila, Riera, 64
1906

A mis queridos hijos:

En prueba del amor que les profesa su padre.

EL AUTOR.

Regalo este insignificante librito, para la Biblioteca del «Centro Federal» de esta localidad.

José Abril

Mataró 16 de Septiembre 1906

PRÓLOGO

Si el prólogo de un libro supusiera competencia reconocida en quien ha de escribirlo, muy á pesar mío habría de negarme á satisfacer el deseo de mi buen amigo Abril, que quiere encabezar el suyo con algunas líneas de mi pobre cosecha. Creo que aquel deseo nace del antiguo afecto que nos profesamos; de ahí el que lo estime, lo agradezca y procure atenderlo en la medida de mis escasas fuerzas.

A cuenta de los lectores corre el apreciar el valor de los sesudos diálogos que esta colección contiene. Para mí reservo la exposición de algunos datos interesantes, que, por referirse al temperamento moral del autor, pueden servir de enseñanza á no pocos, á la par que contribuir á que esta obra les resulte doblemente simpática.

Abril es un caso extraordinario, que demuestra lo que alcanza la voluntad del obrero, cuando se decide á vencer las infinitas dificultades que se oponen á su cultura racional, en esta bendita tierra, donde la negligencia y las preocupaciones han echado tan hondas raíces, á poco que se escarbe, se las encuentra en todas partes, hasta minando los organismos que debieran redimirnos de aquellos defectos capitales.

He conocido á mi amigo, mucho antes de que intentara emanciparse de la precaria condición en que generalmente viven los condenados á concurrir demasiadas horas en el trabajo mecánico, para que les queden alientos para ilustrarse, y menos si se proponen realizarlo prescindiendo de la enseñanza oficial, que aquí se sirve con mezcla de todos los vicios tradicionales que la rutina fomenta. No era, entonces, Abril, ni mejor ni peor que cualquier otro de los desheredados, que trabajan para ganar los medios de mal sostener una vida miserable; y viven, mientras pueden reposar sus fuerzas y volver al trabajo. Odioso círculo de fuego, en el que consumen brutalmente su existencia millones y millones de semejantes nuestros, que si no se ha logrado que cambiaran de especie, y si todavía nacen y mueren por los procedimientos comunes á todos los hombres, no puede ser más que porque la Naturaleza no se deja sobornar por las ruines pasiones que han determinado las monstruosas desigualdades sociales, que á todos envilecen: á unos pocos, porque las mantienen; á los restantes, porque vienen obligados á someterse á ellas, de buen ó mal grado.

Empezó Abril á aficionarse á la lectura, pagando su tributo á las novelas románticas, género peligroso, que haciéndonos formar un concepto equivocado de la vida, puede inducirnos á aumentar nuestras desdichas, considerándonos víctimas de una suerte impía, sólo porque la prosaica realidad no corresponde á las ficciones que, con la mejor buena fe del mundo, crean los autores de aquellas producciones artificiosas.

Fuese desviando la afición de mi amigo por el

romanticismo, á medida que iba interesándole la Historia. Leyó, y retuvo mucho, con prodigiosa memoria, la de España, por Lafuente; y la Universal, por César Cantú. De la primera nació su deseo de conocer las obras de algunos grandes escritores españoles entre los que Cervantes y Quevedo le llamaron poderosamente la atención. La segunda le inspiró su amor á los libros de filósofos racionalistas: Voltaire, Rousseau, Darwin, Pí y Margall, Reclús, etc., le han impulsado á procurarse conocimientos científicos de gran valía, cuya conquista representa el estado actual en la evolución progresiva que en Abril se efectúa, y que, con todo y estar muy adetantada, no ha terminado todavía.

Como es natural, á medida que se ha desarrollado su inteligencia, en el sano ambiente que la ha nutrido, se han perfeccionado sus sentimientos, cuya característica es el espíritu de equidad, que procura imprimir á todos sus actos; porque Abril es de los pocos que practican lo que creen. En nada ha modificado su mayor cultura, la ruda llaneza con que ha manifestado siempre su parecer, favorable ó adverso al de quien le habla. Cuida poco de atenuar la frase, cuando la entiende justa. En cambio, es esclavo de la razón, y por esto atiende á la de los demás, para atemperar su conciencia á lo que del comercio de juicios resulta.

He aquí, en resumen, las grandes transformaciones que en él he presenciado, y que me han llevado á afirmar que es un ejemplo patente de lo que puede la firmeza de voluntad, muy digno de ser imitado.

El Epílogo de este libro, sobre demostrar, en

hermosa síntesis, cuán desapasionado es el concepto en que tengo á Abril (que, de seguro, no será de mi parecer en esta ocasión); descubre el móvil que le ha impulsado á publicarlo: el amor á sus hijos; el deseo de que sean cultos y buenos, el deber en que se reconoce de advertirles, para que no tuerzan su camino ambiciones mezquinas, que, ni una vez satisfechas, dejan de torturar la conciencia, privándola de la serena tranquilidad que alcanza el que es instruido y es justo.

No dudo de que este sea el único propósito del autor. No caben en él pequeñas vanidades, porque vive muy por encima de ellas; sabe de sobra lo poco que representa la pueril y pasajera satisfacción del amor propio, en empresa como la que ha llevado á cabo, si se compara con el esfuerzo que el realizarla supone, y con los sinsabores que, con sobrada frecuencia, ocasiona. Pero, creo que esta obra traspasa los límites que se le señala, muy modestamente; porque no todos los padres tienen la ilustración necesaria para razonar con lógica, y legar á sus hijos el fruto de su experiencia de la vida, forma provechosa y durable. Siendo así, las enseñanzas que se desprenden de esta colección de diálogos, deben trascender benéficamente á la heterogénea multitud que los ha inspirado, si la indiferencia ó el fanatismo no malogran la interesante labor de mi querido amigo, á quien admiro sinceramente.

Antonio Franquesa y Sivilla.

Mataró, 1906.

DIÁLOGOS

I

—Tienes razón, amigo Nono. La sociedad presente es injusta; pero la culpa es nuestra, porque no procuramos el remedio á dicha injusticia.

—¿Dirás, acaso, por qué no nos rebelamos?

—No. Mejor dirías ¿por qué no nos instruimos? Si la clase oprimida fuese instruida, conocería sus derechos y deberes; los defendería con energía (lo que ahora no sucede, sino todo lo contrario). Instruyéndose, sería cuestión de poco tiempo el derribar la sociedad actual y formar otra justa, progresiva, hermosa.

—Todo esto está bien; pero me gustaría que me demostrases cómo en el estado actual, en el que un obrero apenas gana para su manutención, puede instruirse. ¿De qué tiempo dispone? De ninguno. No, no hay remedio para nosotros; si no nos rebelamos con energía seremos bestias de carga toda la vida.

—No soy de tu parecer, y voy á demostrarte cómo el obrero puede instruirse lo suficiente para comprender los deberes y los derechos de cada uno. En localidades como esta, hay sociedades instructivas y centros políticos que tienen biblio-

tecas que son bastante recomendables para los obreros, y sin embargo, son muy poco visitadas por éstos, pese á que la mayor parte de los obreros pertenecen á dichas colectividades. ¿Que no tienen tiempo, dices? Una hora al día, la tienen todos, sin contar las que pudieran emplear en tal labor en los festivos que, en España, son muchos. Hay más: el que tenga ganas de instruirse (que esto es lo que hace falta) puede proporcionarse, á precio módico, obras de naturalistas y de sociólogos eminentísimos, como Darwin, Haeckel, Odón de Buen, Juan Grave, Carlos Marx, Pí y Margall, León Tolstoy, etc., etc. Que los estudien bien y no les preocupe la escuela sociológica en que militen; que todos van, al objeto de redimir á la humanidad. Voy á presentarte un ejemplo de Historia natural para que veas que por diferente camino se puede llegar al mismo fin: «¡Cuánta diferencia no media en la construcción del ala del ave cubierta de plumas y la del murciélago cubierta con membrana, y aun entre las anteriores y las cuatro alas de la mariposa, las dos de la mosca, y entre una y otra los dos élitres del escarabajo!» Sin embargo todos vuelan.

No está todo aquí; el obrero debe conocer la historia de la humanidad, y la conocerá si lee la Historia Universal, de Clemencia Jacquinet, por ejemplo, que se compone de tres tomos á 2 pesetas uno. Dirás: ¿en tan pocos libros se puede conocer la historia de la humanidad? Sí; porque al obrero ¿qué le importa saber de guerras, en que el déspota tal sostuvo esto ó lo otro contra otro déspota?

Al obrero le conviene conocer lo que ha sufrido su clase en todas las épocas: llámesele esclavo, siervo ó proletario. Leyendo esta obra, conocerá la historia de los pueblos, y no la de los reyes. Conociéndola se compenetrará de sus derechos y deberes; y entonces pondrá en práctica aquel lema de *uno para todos y todos para uno;* y sin preocuparse de si unos lo creen mejor de esta ó de otra manera, la cuestión es que nos instruyamos para conocer y sentir. Si lo conseguimos, será cuestión de pequeño esfuerzo el implantar la Libertad, la Igualdad y la Fraternidad, ó lo que es lo mismo, la paz entre los hombres.

II

—¡Cuánto tiempo sin verte, querido Nono!

—No lo extrañes, me dedico un poco á la lectura.

—¿Y cómo te va?

—No muy bien, porque me encuentro en un mar de confusiones. Hay muchos nombres que no entiendo; esto me desalienta.

—¿Por esto desalientas? No, hombre, no; los nombres que no entiendas los apuntas y vas á consultarlos al Diccionario.

—Pero ¿qué quieres que consulte al Diccionario si no lo comprendo?

—Tampoco lo comprendía yo la primera vez que acudí á él. Procura saber de memoria el abecedario; lo demás es cuestión de práctica. También puedes preguntar á algún amigo, que siempre encontrarás alguno dispuesto á enseñar al que no sabe. Te aconsejo que no te enfades cuando te adviertan por nombres que pronuncies mal; al

contrario, debes agradecerlo, porque redunda en tu provecho; y te fijarás luego en los nombres en que hay alguna sílaba acentuada, y que si no se leen bien, hacen mal efecto. Como, por ejemplo, decir *Seneca* en vez de Séneca.

—Una pregunta. ¿Qué personaje es este Séneca?

—Un célebre filósofo cordobés que fué maestro de Nerón, quien pagó la instrucción que le debía, mandando que le habriesen las venas. Cuenta la historia, que una vez le dijo al sanguinario Nerón: *Por más que mates, no lograrás matar á tu sucesor*. Estas cosas y otras las hallarás en la Historia Universal.

—Enterado, y volvamos al asunto. Tú lo presentas muy fácil; yo lo encuentro muy difícil. Figúrate que pregunto lo que no se y el preguntado resulta un tipo de los que mortifican por el tono que se dan: esto hace decaer el ánimo del más decidido.

—Es verdad, los hay pedantes; ¡son una desgracia! Presumen de eruditos, y lo que saben es poco y mal aprendido. Pero, no acaba todo con ellos; hay quienes pueden servirte, y hasta con mediana instrucción, muchos gozan cuando se les pregunta algo que pueden enseñar. Voy á contarte un hecho, que yo presencié, pertinente al caso que nos ocupa. Unos amigos míos hablaban con D. Nicolás Estévanez, y entre ellos había uno que decía á D. Nicolás: *He leído algunos artículos de usted*. Y añadía: *¿Se acuerda de este y del otro?* El buen señor le contestó: *He escrito tantos, que no recuerdo.*

¿Crees tú que se dió por vencido el que hablaba? Empeñado en meter la pata, le recitó parte de un artículo, en que D. Nicolás decía: *Es achaque de los viejos decir que los tiempos suyos fueron mejores que los nuestros*. Sólo que el recitante no dijo *mejores* sino *mayores*. Y un amigo suyo y mío le rectificó diciendo: *Mejores* diría.

—¡Cómo le debía mortificar aquella rectificación tan inoportuna!

—Lo que pasó fué lo siguiente: Los necios riéronse; los instruídos callaron, y tres sufrieron: D. Nicolás sufrió porque el pueblo no está instruido, el que corrigió instintivamente, por lo mismo que el anterior y por ser amigo suyo el corregido, y éste porque le dió pena su ignorancia. Pero á éste le sirvió aquella corrección de mucho, y todavía la agradece. ¿Sabes por qué? Porque desde entonces ha sido cauto en el hablar y sintió estímulo de estudiar más de lo que lo hacía. La corrección no le mortificó en lo más mínimo. Voy á despedirme de tí, por hoy, recordándote una vez más que has de leer mucho, y que lo que aprendas debes enseñarlo á tus hijos, para que lleguen á pensar por sí mismos, con criterio propio y bien fundado. Porque, así como las religiones positivas hacen de sus feligreses soldados de la fe, nosotros debemos hacer de nuestros hijos soldados de la razón.

III

—Así me gusta, Nono, encontrarte leyendo.

—No hago más que seguir tu consejo.

—De lo cual te felicito. ¿Qué periódico es este que lees?

—No lo he mirado.

—¿A ver?..... *Periódico independiente;* mal gusto tienes.

—¿Por qué?

—Muy sencillo: Orense dijo que los diputados independientes siempre acaban en *dientes* y *entes;* yo, plagiando, lo digo de estos periódicos.

—¿Qué clase de periódicos, á tu modo de entender, deben leerse?

—Como leerse, todos; pero yo los clasifico de la manera siguiente: de la Prensa, prefiero la periódica á la diaria, porque difunde más los ideales y es más desinteresada, salvo algunas excepciones. El obrero debe leer la científica, la sociológica y la política, exceptuando la monárquica, porque no defiende nunca los intereses de la clase proletaria.

—¿Tan mal está la Prensa?

—Aún creo que me quedo corto; ya verás: hay seres que se sirven de ella para medrar; esos venden su pluma al mayor postor, como se vende una vulgar ramera; hay otros, que se sirven del periódico para atacar por medio de la calumnia (arma la más vil de todas) todo lo que les estorba; lo mismo les da que se trate de hombres honrados, que de colectividades que se dedican á la instrucción. ¿Sabes por qué? Porque aquéllos tienen criterio propio, y no se prestan á ser satélites de nadie; y de las colectividades, calumnian á los socios que procuran que la instrucción sea científica y racional.

—No será tanto como dices, porque si calumnian, vendrán los calumniados á poner las cosas en su lugar y se verán obligados á rectificar.

—Los hay que no rectifican; ya tienen la precaución de no firmar ningún escrito que les comprometa. Otros, que no son tan viles, ó quizá que son más *ladinos*, rectifican; pero éstos hacen buena aquella máxima jesuítica *calumnia que algo queda*. Creo que el obrero debe seleccionar los periodistas para que, como en la selección natural, siempre triunfen los seres mejor organizados. Yo soy partidario de los escritores que empujen con más brío los convencionalismos de esta sociedad rutinaria, como los siguientes: en política y sociología, Estévanez, Alfredo Calderón, Costa y Pí Arsuaga; en higiene, Rodríguez Méndez, Guillermo López; en crítica, Bobadilla, Roca y Roca; en el género festivo, Sánchez Pérez, Taboada y Federico Urrecha, y novelistas como Pérez Galdós y Blasco Ibáñez, etc., etc. Si te haces capaz de sus escritos, serás hombre.

IV

—Creí que estabas enfermo, Nono.

—¿Por qué?

—Porque no te he visto esta tarde.

—Pues ha pasado lo siguiente: unos amigos me han invitado á una corrida de toros.

—¿Te has divertido?

—Más bien creo haber pasado la tarde aburrido, que divertido; pero, de todas maneras, si no me he divertido, he admirado el valor de los toreros: exponen la vida á cada momento.

—No confundas el valor con la temeridad. Es bien pagado lo que hacen. ¿Exponen la vida, dices? También la exponen los obreros que trabajan en un andamio y los que bajan á una mina: á

éstos, que son útiles á la sociedad, se les da un mísero jornal; á los otros, que intervienen en espectáculos que embrutecen, les dan un dineral.

—Esto del jornal, es verdad; en cuanto á lo de embrutecerse, no estoy conforme: para mí, una corrida de toros es un espectáculo que lo puede ver cualquiera sin menoscabo de su dignidad.

—Me ratifico en lo dicho: es un espectáculo para los degenerados; el público que á él asiste es émulo de aquel que se divertía en el Circo Romano, cuando tiraban á los cristianos y á otros á las fieras; lo mismo que en la Edad Media y parte de la Edad Moderna, la Inquisición procuraba el espectáculo de quemar vivos en la plaza pública á los que no eran ortodoxos; igual que ahora cuando dan garrote á un ser que ha delinquido (ó á un inocente, se dan casos) quien, aunque hubiese matado á otro, no autoriza á nadie á quitarle la vida, porque la ley del Talión es de gentes bárbaras. Hay público que va á recoger las últimas palabras que pronuncia la víctima, para después explicarlas como una hazaña; otros llevan á sus hijos y les dan una bofetada para que no olviden aquella escena repugnante. ¿Qué moral es esta? ¿Quién la patrocina? ¡Ah! ¡cuánta falta de instrucción para saber distinguir de espectáculos los que dignifican ó los que envilecen á la humanidad!

—No hagas comparaciones de esta clase: aquello es repugnante y el de los toros es una diversión como la riña de gallos, el *fox-terrier*, y otros de análoga naturaleza, que las naciones que se llaman civilizadas aceptan con gusto, como nosotros aceptamos las corridas de toros.

—Como razonas tú, razonan todos los que

buscan atenuantes á sus faltas: dices que en otros países se divierten con la riña de gallos. ¿Acaso digo yo que sean sólo los españoles los que falten? No; lo que hay es que, si en otra parte tienen costumbres denigrantes, no nos abonan para que nosotros las tengamos iguales ó peores. ¿Que no haga comparaciones con aquellos espectáculos? En cuanto á moralidad, creo que estamos á un mismo nivel los pueblos que gozan en tales fiestas, tanto los antiguos como los modernos: aquéllos martirizaban y mataban, creyéndose corregir un mal; en la plaza de toros se martiriza y se mata á los toros no más que por el gusto de verter sangre. ¿Y qué te diré de los caballos? Animal noble, entre los nobles, que ha trabajado hasta la vejez, y cuando ya no puede más, su *desinteresado* amo lo vende para que vaya á morir por entregas en una plaza de toros.

¡Cuántos espectadores habrá que conocerán algún caballo que les ha enriquecido! Y, sin embargo, no les conmoverá en lo más mínimo el triste fin de aquel noble animal. A éste le pasa lo mismo que al obrero, que después de haberlo explotado, cuando declinan sus fuerzas, se le despide y le dicen: *Anda, que ya no sirves*.

¡Así se pagan nobles esfuerzos! Entonces no le toca al obrero otro remedio que el de ir á pedir limosna, ó buscar recomendaciones para que le admitan en una casa *benéfica*, renunciando para siempre á la única libertad que le quedaba, la de conciencia, la libertad más sagrada de todas. ¡Oh, sociedad, qué inhumana, qué ingrata y qué injusta eres!

V

—¿Estás de fiesta, Nono?

—Sí. Esta mañana hemos bautizado á un hijo mío, y me he dicho: hagamos fiesta completa.

—Te doy la enhorabuena porque eres padre, no por lo del bautizo. Me figuraba que eras más radical y que prescindías de esta costumbre rutinaria.

—No extraño que me digas esto.

—¿Por qué?

—Muy sencillo, porque no conoces al sexo débil... de casa; mi compañera es poco instruida, apenas sabe deletrear; pero, á falta de esto, sabe de memoria todo el catecismo; además, tengo suegra; no diré que esta señora sea una arpía, pero sí que es fanática é intransigente en punto á religión. Con estas explicaciones, no encontrarás extraña mi conducta; creo que no debía imponerme por la fuerza; tú mismo lo reprobarías.

—Todos tus argumentos se destruyen con un poco de lógica, y es lo que voy á hacer. Creo que te uniste á tu compañera por amor, y que ella se unió á tí por lo mismo; ahora falta saber si has cumplido con tu obligación. Lo primero que ha de procurar el marido es que su esposa no tenga confesor: basta y sobra él para confesarla; segundo, que no sea ella la que haya de resolver la cuestión pecuniaria; y tercero, tenerle el cariño y el respeto que quiere que le tenga á él. Al que cumple estos preceptos, le será fácil reformar á su esposa. ¿Que tu suegra es fanática, dices? Debe ser como la mayoría de ellas, que tienen el defecto de meterse en lo que no les importa, y

por esto se hacen odiosas; en casos como el tuyo, se les para los pies (la lengua es difícil).

—Me admira tu optimismo; á todos los problemas das fácil solución, y del dicho al hecho hay gran trecho.

—No soy optimista ni pesimista; lo que hay es que tengo fuerza de voluntad suficiente para que, cuando he meditado un plan, y creo que es útil á la sociedad, procuro ponerlo en práctica: esto es lo que hay que hacer.

—Esto es lo que falta; energía para poner en práctica lo que uno piensa. ¿Cómo se adquieren estas energías?

—Leyendo escritos de hombres que digan la verdad al pueblo por amarga que sea; por ejemplo: Pí y Margall y Zola. El primero arrostró las iras de los patriotas, cuando las guerras coloniales, porque defendía la autonomía de aquellas islas, y después, previendo que con la autonomía no se obtendría la paz, aconsejó que se tratase bajo la base de la independencia. De haber seguido su consejo, habríamos obtenido grandes ventajas comerciales; hubiéramos ahorrado muchos millones. y, lo más sensible de todo, vivirían los miles de hombres que murieron en aquellas guerras. Por decir la verdad, le llamaron mal patriota; pero el siguió impertérrito su camino, y el tiempo dió la razón á cuanto había predicho. Zola, por defender á un inocente, Dreyfus, no le arredró el que una nación patriotera levantara un clamoreo contra él diciendo que se había vendido á los judíos. En este acto demostró una energía digna del gran novelista; con su campaña logró salvar á un inocente de las garras de los reaccionarios. Cuando decaiga tu ánimo, acuér-

date de estos grandes hombres, y procura que sean tu guía en el laberinto de la vida humana.

VI

—Sí, Nono, sí; la instrucción de nuestros hijos debe preocuparnos más, si cabe, que la nuestra; porque nosotros, por más que hagamos, no pasaremos de medianías; y ellos pueden ser algo mejor si procuramos que la instrucción que reciben sea científica y racional.

—Creo que no podemos hacer más que llevarlos á Escuelas municipales, ó entregarlos á comunidades religiosas que se dediquen á la enseñanza. Pero éstas lo que hacen es castrar la inteligencia de los alumnos para mejor dominarlos cuando sean hombres.

—En localidades donde no haya otras escuelas que las que mencionas, deben ir á las municipales; pero si las hay que prescindan de toda clase de religión positiva, y la enseñanza que procuran es científica y racional, debemos llevar á ellas nuestros hijos.

—No doy tanta importancia como tú á la cuestión religiosa: si á los niños se les enseña religión, cuando sean hombres prescindirán de ella si la consideran inútil.

—¿Qué necesidad hay de perder tiempo en cosas inútiles? Demasiado lo pierden los que van á la escuela, en vacaciones establecidas por la costumbre, y en las extraordinarias que motivan las onomásticas visitas de obispos y de reyes, gracias á lo cual resulta que los alumnos, de un año no aprovechan medio.

—Dices que la religión es inútil. La moral que entraña, creo que debe enseñarse, porque sin moralidad se viviría como bestias.

—La moral que no se funda en la ley natural, no es moral. ¿Qué moralidad hay en la *castidad absoluta*, que dicen practicar las instituciones monásticas? Ninguna, porque es nociva á la sociedad, porque podría contribuir á que disminuyera la población, y porque contraría las leyes físicas en que la naturaleza ha fundado el sistema de la reproducción de los seres. Déjate de religiones y distingue entre ellas y la moral, que no son cosas iguales; la *moral* de las religiones tiene muchos defectos. La moral universal, que está basada en la ley natural, es la que debemos seguir. Las Escuelas municipales adolecen, la mayoría de ellas, de no pocos defectos; y uno de tantos es el siguiente: cuando el alumno llega á cierta edad, el profesor ó la profesora le dice: *Ya es hora de que hagas la comunión; debes advertirlo á tus padres*. ¡Como si éstos necesitasen de advertencia de esta clase! Si los profesores emplearan el tiempo que pierden enseñando religión, en la enseñanza de otras asignaturas, harían un gran bien á la humanidad.

—El que quiere prescindir de estas cosas, aviado está: profesores, parientes y amigos, todos le acosan con la misma pregunta: ¿todavía persistes en no dejar hacer la comnnión á tu hijo? Con su terquedad le dan á uno varios disgustos. ¿A quién que no sea fanático, ni católico, se le ocurre molestar al creyente haciéndole cargos porque sus hijos comulgan? ¡Hipócritas! ¿No ven que aquéllos, por meterse en lo que no deben, logran hasta establecer desavenencias en una

familia unida, pese á la diversidad de criterio que tienen los que la componen en punto á religión?

—Esto pasa porque se permite demasiada franqueza á seres embrutecidos por el fanatismo ó por la hipocresía, que abusan de la confianza que se les concede en el seno de las familias y llegan á meter cizaña en el hogar donde antes reinaba la paz.

—¿Qué remedio hay para librarse de esa calamidad?

—Es cuestión de instruir á nuestros hijos de manera que conozcan á los fanáticos y á los hipócritas como seres nocivos á la tranquilidad doméstica. A éstos se les dice, con muchísimo respeto: *quedan rotas nuestras relaciones.*

VII

—¿Qué tienes, Nono, en el dedo este?

—Un panadizo.

—¿Ya procuras el remedio de este mal?

—Sí, me han aplicado un huevo del día, y además me lo persignan.

—Buenos son los huevos para comer; para estas cosas lo dudo. ¿Qué te lo persignan, dices? Esto sí que me hace gracia; te creía más despreocupado: déjate de tonterías y ve á consultar á un médico, que si te lo persigna lo hará con el bisturí.

—Te burlas de todo, y esto no está bien: á lo menos respeta la manera de pensar de los demás; porque si tú no crees en nada, yo creo que hay algo invisible para nosotros que nos rige; es decir, que hay Providencia.

—Mal concepto has formado de mí: te hago saber que no me burlo de nada; lo que hay es que no puedo dejar de combatir lo que considero absurdo. ¡Que no soy creyente! Vaya si creo: todo lo que es científico y racional. ¿Que hay Providencia, dices? Sí, la hay: el pararrayos es la Providencia que preserva del rayo, la Higíene nos preserva de las enfermedades contagiosas, y así por el estilo. Esta es la única Providencia que existe, la que los hombres se procuran por medio de la ciencia.

—No puede ser que tantos sabios como han asegurado que existe un ser sobrenatural, que todo lo tiene á su alcance, se hayan equivocado.

—Muchos ha habido, y los hay, partidarios de admitir un ser supremo que todo lo dirige: pero también los hay á miles, no menos sabios que aquéllos, que con argumentos sólidos refutan aquella teoría. Los que sostienen que hay un Dios que rige todo el Universo, no presentan ninguna base que resista al análisis de la crítica imparcial. Estos, llámense budistas, cristianos ó mahometanos, si los escuchas, todos dicen poseer la verdad; y explican á su manera la formación del mundo. ¿Cómo puede ser que todos posean la verdad, si ésta es única? ¡Ah! ¡Cuánta diferencia no media entre éstos, que no presentan ningún dato racional, y que se necesita una fe ciega para creer en sus sofismas, y los datos que presentan los hombres de ciencia, que los han adquirido por medio del estudio que han hecho de la naturaleza!

—Todo lo que tú quieras: pero lo que hay es que tienen muchos partidarios, y que todos los pueblos tienen una religión ú otra: esto prueba que hay en ellas algo de verdad.

—Esto no prueba nada: lo que hay es mucha rutina, y falta de energía para prescindir de estas costumbres arcáicas. El día en que las religiones no sean oficiales, ni estén subvencionadas por el Estado, y se hayan secularizado los cementerios, entonces tendrán pocos partidarios, porque será más fácil el poder prescindir de toda clase de religión positiva, que en el estado actual. Entonces no se harán odiosas como lo son hoy, porque no podrán separar, después de muertos, los seres que se han querido toda la vida; como lo hacen ahora por el acaparamiento de que han hecho objeto á los cementerios, excepción de los municipales, estos que el vulgo llama de los *espiritistas* ó de los *protestantes*.

VIII

—¿Qué, has cambiado de gusto en el vestir, Nono?

—¿Por qué?

—Porque llevas traje negro, y siempre te había visto con traje de color.

—Nada de esto: ha muerto un pariente mío y llevo luto.

—Te acompaño en el sentimiento por la muerte de tu pariente. En cuanto á lo de llevar luto, debo decirte que siempre serás esclavo de la rutina. ¿Acaso el ponerse luto, sea negro, blanco ó rojo, que de estos y otros colores se ha hechado mano para manifestar en diversos países la pena que ha causado la pérdida de un ser querido, representa algo que avalore la pesadumbre?

—No es que alivie el dolor el ponerse luto;

pero, es un tributo que se rinde al ser querido que ha dejado de existir, como recuerdo del cariño que se le tenía. ¿Que soy rutinario dices? Si el llevar luto es rutina, todas las costumbres establecidas serán rutinarias también.

—El mejor tributo que se puede rendir á un ser querido cuando ha dejado de existir, es proclamar sus méritos, si los tenía; y si había cometido faltas, olvidarlas. Eso es ser agradecido. Supones que el ponerse luto es una prueba de cariño que se tenía al ser que ha dejado de existir. ¿Qué cariño será este, que lo representa un traje cualquiera? ¡Ah! ¡Cuánta rutina! Y en algunos ¡cuánta hipocresía! El verdadero duelo se lleva en el corazón; en lo exterior, es pura comedia. Voy á demostrarte cómo no representa cariño el llevar luto: supongamos — no es más que una suposición—que tu hijo muere y con tenerle mucho más cariño que al difunto por el que llevas luto no te lo pondrías; y no te lo pondrías porque no tiene la edad que la rutina establece para estas exigencias. No confundas la costumbre con la rutina: la primera, forma muchas veces el carácter distintivo de una nación ó de una persona; y la segunda, significa hacer las cosas por imitación, sin razonarlas.

—Encuentro algo de verdad en lo que has dicho; pero, de todas maneras, si no hay un verdadero cariño en el llevar luto, á lo menos representa un gasto, que, de no mediar algo de afecto, no se haría.

—Es verdad; representa un gasto superfluo. Cuántas veces habrá sucedido que al llevar á un individuo al hospital, la emoción que le causa el separarse de su familia le habrá causado la muer-

te; mientras que de haber continuado en el seno de aquélla, se hubiese gastado en alimentos y medicinas la mitad de lo que luego se gasta en luto y funerales, quizás se habría evitado aquel desenlace funesto.

—De no cumplir con la costumbre ó rutina, como tú la llamas, corriente en tales casos, creo que vendrían á pedirme cuenta de mi conducta.

—¿Quién te la pediría?

—Qué sé yo; el que se hubiese muerto debería ser; y por esto es que no quiero indisponerme con los del otro mundo; bastante quehacer tengo con los de este.

—No te faltaba más que ser ridículamente supersticioso, para no poder vivir tranquilo; déjate de muertos; éstos no van á pedir cuentas de nada á nadie. Voy á contarte un hecho, que yo presencié: vivíamos en una casa de campo mi abuelo y yo; hacía poco tiempo que había muerto un hijo suyo, cuando una noche, á eso de las doce, en la puerta de la escalera, oímos: *pum, pum; ¿oyes?* me dijo mi abuelo. Y volvió á repetirse el *pum, pum*. Entonces mi abuelo preguntó: *¿Qué pides de parte de Dios?* Yo también tuve que preguntarlo. Contestósenos con el *pum, pum*. Cesó el ruido; mi abuelo me dijo que aquello era una señal que le hacía mi tío de que tenía el alma en pena; *esto es cuestión de hacerle decir algunas misas*, añadió. Cuando nos levantamos, que era muy temprano, al abrir la puerta de la escalera nos encontramos con una burra, que había en casa, que estaba hartándose de alfalfa. *Aquí tiene el alma en pena*, dije yo á mi abuelo, que se marchó avergonzado sin contestar una palabra. Todas las apariciones que se supone que hacen los

muertos, son como ésta: pura imaginación de seres ignorantes y supersticiosos.

IX

—El juego, sea de baza ó de azar, más bien embrutece que perfecciona. Esta es mi opinión, Nono.

—¿No dicen que el jugar al ajedrez, al tresillo ó al solo, desarrolla las potencias mentales?

—No diré que no; pero resulta peor el remedio que la enfermedad: en el juego, no busques acción que dignifique; al contrario, todo es mezquino. Verás á amigos, pero muy amigos, que fuera del juego se harían cualquier favor, y sin embargo, allí disputan y llegan á reñir, cuando, de no haber jugado, probablemente no hubieran reñido jamás.

—¿En qué han de distraerse un poco los obreros, sino jugando? Los hay que de no poder jugar los dias festivos, les parecería que no hacen fiesta.

—Esto les pasa porque no se han acostumbrado á otra cosa, por ejemplo: á leer un poco, ir al teatro, dar un paseo ó salir al campo á gozar de las bellezas de la naturaleza, y á respirar el aire puro y á extasiarse con el aroma que despiden las flores. De hacer esto, ¡cuánto no ganarían en lo físico y en lo moral!

—A tu modo de entender, los obreros no deben concurrir á las sociedades recreativas á expansionarse un rato, por el temor de que se aficionen al juego, aun cuando sean de los permitidos por la ley. Mucho exigir es á los que todo lo produ-

cen y cuasi nada consumen. Los hay que dicen: si los trabajadores, en vez de ir á tomar café, ahorrasen el dinero que les cuesta, y el que gastan en otros vicios, tendrían un repuesto por si quedan inútiles para el trabajo, ó por si llegan á la vejez. ¿Eres de la opinión de aquéllos?

—Mi opinión es la siguiente: los obreros deben formar parte de las sociedades instructivas y recreativas, y concurrir á ellas; lo que han de hacer es no jugar; porque el juego es inmoral. El tomar café no es un vicio: para el proletario lo considero una necesidad: es el café una bebida que no daña, al contrario, reanima las fuerzas perdidas por el exceso de trabajo, y contiene principios alimenticios que bien los necesita, dado lo poco nutrivas que son sus comidas. Los que dicen que los obreros son viciosos, iba á decir que no tienen vergüenza; no lo diré, lo que sí diré, es que han de saber estos *caballeros*, que la clase trabajadora es virtuosa, sobria en el comer y beber, y resignada, demasiado resignada; que si no lo fuese tanto, á algunos que se han enriquecido por el esfuerzo de aquéllos, les habría sido muy difícil realizarlo. ¿Que los obreros pueden ahorrar dinero por si quedan inútiles para trabajar? No diré que no haya alguno; pero sí que se necesita una serie de años de trabajo bien retribuído, y no tener enfermedades, él, ni su familia, para ahorrar muy poca cosa. ¿Hay muchos que se encuentren en este caso?

—Aunque haya algunos: si tienen familia y procuran instruirla, y ellos se tratan como deben tratarse las personas, les será imposible ahorrar nada.

—Los que critican á los obreros, que hagan

examen de conciencia, que de seguro no la encontrarán muy limpia. Porque verán—lo que ya saben—que ellos son la causa del malestar de aquéllos.

X

—¿No has hecho ninguna prueba de las que los ignorantes y supersticiosos hacen en la noche de San Juan, Nonó?

—Yo no; pero he visto hacer alguna, como la siguiente: Unas jóvenes han hecho la del huevo; se han procurado uno fresco del día; al dar las doce de la noche lo han abierto y han puesto la clara en un vaso medio lleno de agua, recitando la siguiente oración:

Sant Joan Baptista,
Apóstol y Evangelista,
per la virtut
que Deu t' ha dat
fes que surti l' art
del meu enamorat.

En seguida han colocado el vaso debajo de una planta. Mañana tomarán el vaso y mirarán á qué se parece su contenido, y se harán la ilusión de ver barcos, plantas, campos, etc., etc. Y de ahí sacan la consecuencia del arte que ejercerá su esposo, si es que logran casarse.

Esta prueba no falla. Conozco á una mujer que en el lío que forma la clara del huevo mal disuelto en el agua, le pareció ver un barco, y por consiguiente debía casarse con un marino; efectivamente, casó con un zapatero.

Sé de otros que si tienen berrugas, van por la mañana á frotárselas con las primeras yerbas que encuentran, y luego de haberse frotado, las tiran atrás: que de no hacerlo así, no surtiría efecto la frotación.

—Todas estas cosas tienen algo de cómicas, pero abunda más lo ridículo. Porque si en la noche de San Juan las yerbas tienen propiedad de curar, ¿por qué no la han de tener otras noches? ¡Oh! ¡Noche de las supersticiones, qué de desengaños no das á los ignorantes! Y, sin embargo, al año siguiente, continúa la misma rutina.

—¿Qué te parece esto de pasar un herniado por el roble?

—Que es el colmo de la ignorancia, y lo que no se me explica, es que haya quien dice estar convencido de que no cura de nada, y permite que hagan la prueba con sus hijos, sin calcular que los exponen á que cojan alguna enfermedad, que de no tolerar tonterías de esta naturaleza, no correrían el peligro de adquirirla.

—¿Qué opinión tienes de la costumbre antigua de hacer fuegos en las calles?

—Que es un espectáculo que detesto, porque lo considero atentatorio á la libertad de ir por las calles sin exponerse á alguna quemadura, y porque ya es hora de que desaparezcan las costumbres arcaicas y rutinarias de los pueblos que dicen vivir á la moderna.

—Creo que la autoridad no debería consentir semejantes prácticas.

—Demasiada confianza tienes en la autoridad. Sus iniciativas son pocas y malas. El Gobierno siempre patrocina todo lo tradicional, porque es su principal sostén.

—Me extraña que un político diga mal de la autoridad.

—Sí: soy político; pero político pactista, que es el sistema que reduce la Autoridad á muy poca cosa; y es el camino de llegar á la confraternidad universal.

—¿De quién debemos esperar la iniciativa, si el Estado no procura que desaparezcan las costumbres irracionales?

—De los que procuran la instrucción del pueblo, por medio del libro, la cátedra, la conferencia, el periódico y todo lo que sea científico y demostrable. Con este tratamiento, se curará el pueblo de la enfermedad que padece, que es ignorancia y superstición.

XI

—El besar la mano es una rutina que debe desaparecer. Esta es mi opinión, Nono.

—Será una rutina; pero inculca el respeto que se debe á los superiores.

—En algunos casos, la considero una acción humillante más bien que otra cosa; porque muchas veces se obliga á las criaturas á besar la mano ó la cara (lo mismo da) de seres que les son antipáticos; resultando que en vez de estimular el cariño, se fomenta la aversión. El beso que no nace del amor, debe suprimirse.

—Con tu teoría, los hijos no deben besar á los padres cuando llegan de la escuela ó de otra parte. Ni tampoco deberían permitir los maestros de escuela que les besasen la mano, como lo hacíamos cuando yo iba á ella.

—Los que obligan á sus hijos á que les besen la mano, los encuentro ridículos, porque aquel beso no es de cariño, y la prueba es que no se corresponde á él con otro beso. Se establece esta costumbre como vasallaje que se rinde á la autoridad paterna. En cuanto á los maestros de escuela, que tenían ó tienen (creo que todavía los hay) la costumbre de hacerse besar la mano, deben abolirla por antihigiénica y por repugnante. La mano del maestro lo mismo la besan los que gozan de buena salud, que los anémicos, escrofulosos, etc., etc. Aquella mano es medio de propagación de males infecciosos. Y da asco, porque algunos, cuando la besan, la encuentran húmeda de mocos de los que les han precedido en aquella operación. Como tampoco deben permitir los padres que sus hijos besen la de los curas, por las mismas razones expuestas anteriormente.

—El besar la mano á los padres es una acción íntima, que considero útil, porque así los padres ven de cerca á sus hijos, y por este medio conocen si están alegres ó tristes. En cuanto á lo de hacer otro tanto con los curas y maestros, no diré que no haya algo de lo que dices, aunque no veo el peligro que supones.

—¿Que el besar la mano es la manera de conocer los padres si sus hijos están alegres ó tristes? Creo que hay otros procedimientos más eficaces para obtener la confianza de los hijos. Por ejemplo: tratarles con cariño, darles la razón cuando la tengan, ser equitativos en las disensiones que tengan con sus hermanos ó compañeros, y procurar no engañarles nunca. De hacer esto, vivirán en una intimidad perfecta con sus padres. ¿Que no ves el peligro que yo veo en el besar la mano?

Lo hay: porque no siempre están limpias; y aunque lo estuvieran, no deben permitir los padres que sus hijos besen la mano de nadie. Como tampoco deben permitir que bese á sus hijos gente que no goza de buena salud. De cumplir estos y otros preceptos higiénicos, haremos un gran bien á nuestros hijos, porque disfrutarán de salud, de la que hoy muchos carecen.

XII

—¿Crees en la eficacia de las bendiciones ó maldiciones, Nono?

—Creía en ellas; pero, hace tiempo que dudo de su poder, porque me han dado algún desengaño. En mi juventud tuve una novia; le regalé un anillo con la condición de que si reñíamos debía devolvérmelo. Al poco tiempo reñimos, le pedí lo mío, me contestó con mal tono; la amenacé, se rió de mí; la dije: *haré que te digan los responsos*, y me llamó tonto. Efectivamente, tonto sería, porque hice que le dijeran los *responsos*, no me devolvió el anillo y se quedó tan fresca. Pese á que me habían asegurado que moriría si no me lo entregaba. Esto, como prueba de lo que puede una maldición, no me dió resultado. Ahora verás lo que pasó con una bendición. En determinada fecha, todos los de casa estábamos enfermos; algunos conocidos (que siempre los hay que se meten en lo que no deben), nos aconsejaron que llamásemos á un cura, para que nos bendijera la casa, porque decían que estaba embrujada. Así lo hicimos, pero tampoco nos dió resultado: seguimos enfermos de la misma manera, hasta que

llamamos á un médico, y nos dijo que si no cambiábamos de casa no curaríamos nunca, porque aquella no reunía ninguna condición higiénica. Seguimos su consejo y todos curamos. Aquí tienes explicado el por qué dudo de bendiciones y maldiciones.

—Si con pruebas como las que das, todavía dudas, no sé que esperas para convencerte de la ineficacia de esas tonterías.

—No lo extrañes; estaban tan arraigadas en mí estas creencias, que me será difícil encontrar la manera de quitármelas de la mente.

—En estas cosas pasa lo mismo que con un castillo de naipes: quitando uno caen los demás. El resultado que obtuviste con los *responsos*, es el que obtendrás con todas las pruebas que hagas en asuntos de esta naturaleza. De ahí puedes sacar la consecuencia, para no creer en semejantes majaderías.

—Pero, si hay tanta gente que se llama instruída, y cree en estas cosas, ¿qué no hemos de creer los ignorantes?

—Hace pocos días, presencié un caso de estos que comentamos. Estaban afeitándome, cuando oí el siguiente coloquio: ¿Qué es esto que llevas aquí? Un collar de cáñamo con nudos, que tiene la propiedad de curar el dolor de muelas. Un joven que afeitaba al del collar, le dijo: no creo que esto cure ningún mal. El otro replicó que sí curaba. Mientras ellos discutían, yo pensaba: aquí tienes á un chico despreocupado; pero, pronto tuve que cambiar de opinión, porque el joven de *marras* siguió diciendo: yo dudo de la propiedad que dices que tiene ese collar, y sin embargo, creo en lo que ahora te contaré: Mis padres

curan instantáneamente los dolores de vientre con sólo decir una oración. Hasta aquel entonces no me había inmiscuído en aquella conversación; pero, al oir tal disparate, no pude más, me reí de pena al ver que todavía en el vulgo domina la superstición.

—Será como tú dices, pero, ¡qué de tiempo no ha de pasar hasta que comprendamos que todos estos curanderismos son pura engañifa!

—Cuando el pueblo esté más instruído que hoy, y se preocupe de leyes naturales más que de sofismas, entonces distinguirá entre lo absurdo y lo racional.

XIII

—¡Cuánto tiempo sin verte, querido amigo!

—No lo extrañes, Nono; es que he pasado algunos días en el campo.

—¿Tú también has ido á veranear?

—Si á pasar cuatro días en casa de un hermano, por consejo facultativo, llamas veranear, estoy conforme; pero has de saber que no eran cuatro días los que me aconsejó el médico para restablecer mi salud, sino muchos más.

—La primera noticia que tengo de tu enfermedad. ¿De qué padeces?

—Cosa del corazón, que no funciona bien, como buen español que es; marcha irregularmente, como todo lo de esta desgraciada nación.

—¿Por qué has vuelto tan pronto, habiéndote dicho el médico que habías de pasar una temporada en el campo?

—¿Acaso has olvidado que los desheredados

de la fortuna no podemos hacer lo que nos prescribe el médico? Esto se deja para los que nada producen, que son los que gozan de todas las comodidades y adelantos que procuran los que trabajan. Para los trabajadores, el hospital (si es que hay sitio): es el único recurso que nos queda para morir sin el consuelo de tener á nuestro lado á los seres que amamos.

—Es bien triste la vida del proletario: si cuando trabaja, apenas puede cubrir sus necesidades, ¿cómo lo hará cuando no trabaje, y por añadidura esté enfermo? ¡Qué suplicio! Ni el de Tántalo es más horrible, porque Tántalo sólo sufría él. Mientras que los obreros sufren por ellos y por sus hijos, porque les piden pan y ven que estando llenas las tahonas, no pueden cojer ni un panecillo para mitigar un poco el hambre. Si necesitan una medicina para que cure algún ser querido, no pueden poseerla, porque no está al alcance de su bolsillo. Y por no tener un puñado de vil metal, han de ver cómo mueren de anemia sus queridos hijos. ¿Qué te parece de esta sociedad que se llama altruísta y filantrópica?

—Que la clase directora se preocupa muy poco de la cuestión social: y si no procura que los obreros tengan asegurada la manutención, y cuando enfermos, el modo de curarse como los demás; precipitarán la revolución social, que quizás sea sangrienta. De ser más previsores y menos egoístas, evitarían la efusión de sangre. Porque se implantaría el régimen de la equidad por medio de la razón.

XIV

—¿Cómo estás de salud, apreciado amigo?

—Relativamente bien: gracias por el interés que tomas por el estado de mi salud, Nono.

—Lo que tienes no es nada; ponte tranquilo y dentro de pocos días te encontrarás bien, si Dios quiere.

—¿Si Dios quiere, dices? ¿Quién es este ser que si quiere puede curarme? ¿Acaso le he hecho algún agravio y por esto no me cura? Si yo he faltado, ¿por qué ha de vengarse en mis hijos, quitándoles el único sostén que tienen, que es mi salud, porque sin ella no puedo procurarles el pan cotidiano?

—Ya te has disparado, y esto perjudica tu salud. Te conviene que modifiques el temperamento; lo tienes demasiado impetuoso, y esto es contraproducente para curarte; además, lo de ser tan incrédulo como eres, lo encuentro ridículo: por ejemplo: ¿hay algún mal en decir *si Dios quiere* ó *con la ayuda de Dios* se hará esto ó lo otro?

—¿Que soy incrédulo, dices? En el buen sentido etimológico de la palabra *incrédulo* soy; pero, no de la manera que lo interpreta el vulgo, porque creo en todo lo que es racional y científico. En lo que no creo es en los sofismas de las religiones positivas, ni en las supersticiones del vulgo. ¿Que no hay ningún mal en decir *Dios puede hacer esto ó lo otro?* Lo que hay es que en el nombre de Dios se roba, se asesina, se hacen la guerra pueblos que tienen una misma religión; en fin, que los opresores se aprovechan de este Dios

imaginario para hacer el bú á los ignorantes. ¿Lo ves?

—Conozco á muchos que discurren como tú, y sin embargo cumplen con las prácticas religiosas. Hay otros que han escrito y perorado mucho contra las religiones, y después se retractan de cuanto habían dicho y escrito, como lo ha hecho el autor de uno de los libros de tu predilección, que lleva por título: *Conflictos entre la Razón y el Dogma*. En vista de estas inconsecuencias, no esperéis muchos prosélitos con vuestras teorías.

—Algo hay de verdad en lo que dices. Que los hay inconsecuentes, ya lo sé; pero esto no hará decaer el ánimo de los que están convencidos de la verdad que defienden. Los primeros de que hablas, son unos hipócritas. Los segundos, se retractan, á mi entender, porque se encuentran en situación apurada, y antes que morir de hambre ellos y su familia, venden su libertad de pensamiento á estas asociaciones que por sarcasmo se llaman *caritativas*, formadas por mercaderes, que si entregan un pedazo de pan obligan á los que lo reciben á entregarles el único patrimonio que les queda: la libertad de conciencia.

—De la manera que te explicas, parece que defiendes á los apóstatas.

—No los defiendo; pero tampoco los acuso; porque entiendo que si apostatan, no lo harían, de tener manera de vivir como deben vivir las personas; y quizás de su apostasía tengamos la culpa los que nos llamamos gente progresiva, porque no procuramos emanciparles de la miseria.

XV

—Mientras la instrucción no esté emancipada de toda religión positiva, no desaparecerán las supersticiones entre la inmensa mayoría del pueblo. Así lo creo yo, Nono.

—No se ver que las religiones tengan la culpa de que haya gente supersticiosa. Conozco á muchos creyentes que no son supersticiosos.

—No creen en las supersticiones del vulgo; pero creen en las que contiene el *Génesis*, por ejemplo: ¿No se necesita ser supersticioso para creer en los sofismas que hay en la *Sagrada Escritura?* Las religiones son las que inventaron las supersticiones para mejor dominar el pueblo, haciéndole esperar cosas contrarias á la Naturaleza y á la razón. Hasta que desaparezcan los deístas, no dejará de haber supersticiosos.

—Tienes la monomanía de las religiones; por esto no las puedes sufrir en ninguna parte.

Dices que si desaparecieran los deístas no habría supersticiosos..... Tú sueñas; porque los hay que dicen no creer en nada, y, sin embargo, son más supersticiosos que los creyentes.

—Hasta la fecha, no creo tener la monomanía de nada; lo que tengo es un ideal que defender: el de que la instrucción sea gratuíta, obligatoria y laica. De realizarse, los alumnos adquirirían conocimientos científicos y racionales. Entonces les será muy difícil á las religiones pervertir la mente de la juventud con sofismas y con supersticiones; porque habrá bebido en las fuentes de la Verdad.

—¡Cuánta confianza tienes en las escuelas lai-

cas! Conozco á muchos que han ido á ellas y creen en tonterías como la de restringir una hemorragia por medio de una oración y otros absurdos por el estilo.

—No culpes á las escuelas laicas de que no estén despreocupados algunos que han sido alumnos de ellas; culpa á los padres de éstos, porque los hay que en vez de enseñar cosas razonadas á sus hijos, no hacen más que contarles cuentos de hadas y otras tonterías, que á ellos les embelesaron porque no fueron educados como sus hijos; cosas que, además de ser inverosímiles, son ridículas. Y la juventud, ¿qué hace cuando deja de concurrir á las escuelas, para cultivar la inteligencia? Ya no se acuerda de abrir un libro; y si lo abre es para mirar fotografías obscenas; si lee alguna revista, tiene el especial gusto de escojer lo más insulso de entre lo que se escribe.

—Supongo que te refieres á la clase obrera: has de saber que á los proletarios nos será difícil instruirnos como tú deseas, mientras no demos al traste con esta sociedad corrompida y egoísta.

—No me refiero exclusivamente á clase determinada, sino á todas; procura hacer cuanto puedas en favor de la instrucción racional y científica, que es el principal elemento para consolidar la futura revolución social.

XVI

—Compadezco á la familia en que alguno de sus individuos tiene la monomanía de que está hechizado. Te aseguro, Nono, que no le faltarán disgustos.

—No creo en cosas de hechiceros, que, de ser verdad cuanto dicen los que creen en ellos, que con una mirada pueden dar cualquier mal; en la humanidad no habría nadie que gozase de salud. Sin embargo, toco las consecuencias de tal superstición. Una parienta mía se ha metido en la cabeza la creencia de que la hacen padecer, y que lleva un animal en el útero. Si le hablamos de algún médico para que la visite, dice que no es cosa de médicos su enfermedad. Creo que con su simpleza hará que nos pongamos malos nosotros.

—La enfermedad que padece tu parienta es problamente histerismo, tal vez debido á trastornos funcionales del útero, que ella atribuye á un animal que no existe más que en su imaginación.

—¿Qué causas son las que conducen á este estado lastimoso? Porque da pena el ver que siempre está diciendo que le han dado un mal, que se ha transformado en una bestia que acabará con su vida.

—La principal causa es la clase de instrucción que se da al pueblo, que es poca y defectuosa, porque no destruye las supersticiones, que continúan arraigadas en el vulgo. También la Iglesia católica, tiene su parte de culpa, porque permite que sus ministros lucren *conjurando los espíritus malignos por medio de exorcismos.* Las autoridades, de cumplir su deber (que ya sabemos que no lo cumplen casi nunca) no debieran permitir á esa plaga de curanderos y echadoras de cartas que embaucan al pueblo ignorante con sus fullerías. De destruir esos fomentadores de la ignorancia acabaríamos, con las supersticiones.

—Si hemos de corregir todos los defectos que dices, con la marcha que llevamos, hay para siglos de machacar contra las costumbres anticuadas, que la mayoría del pueblo considera como verdades infalibles.

—Si todos los que somos partidarios de implantar el imperio de la razón, procuramos hacer guerra sin cuartel á todo lo arcáico y rutinario, será cuestión de poco tiempo el lograr la implantación del régimen de la equidad, entre la humana especie.

XVII

—¿Todavía, Nono, rindes tributo al embrutecedor Carnaval?

—Si al recordar una vez al año los tiempos en que uno no piensa sino en bailar, es embrutecedor, no se en que podremos expansionarnos que sea moral.

—¿También eres de los que defienden que la juventud, cuando baila, como se baila por aquí, *agarrao,* no piensa sino en bailar?

—Así opino; á lo menos yo cuando bailaba no pensaba de otro modo, y creo que los demás hacen lo mismo.

—No soy de tu parecer. Los hay que bailan sólo por el gusto de poder abrazar á una joven y decirle lo que no debería oir, que de no tenerla abrazada no lo escucharía; respirar su aliento, sentir los latidos del corazón el uno del otro y el fuego abrasador de sus carnes: á todo esto conduce el bailar *achulapado.* ¿Es esto moral? No: porque puede conducir á las mujeres á ser lascivas, que quizas sin aquellos excitantes habrían sido castas.

—¡Vaya una manera de exagerar!

—Creo que me quedo corto. Yo he visto á desvergonzados besar, bailando, á su pareja.

—No diré que no haya algún atrevido, pero el baile en sí es moral, y una de las mejores diversiones para la juventud.

—La *Jota,* la *Sardana,* y todos los bailes de figura los considero graciosos y decentes; pero el baile *agarrao,* para mí es inmoral, y mientras mis hijas estén bajo mi dirección, no bailarán.

—De seguro que ellas no serán de tu parecer, porque, dirán:—hay que distraerse en algo;—y si no les permites que bailen, ni que vayan á la iglesia, en vez de mirarte como un padre amoroso, te mirarán como un tirano.

—Si no les explicara el por qué se lo prohibo, puede ser que fuese como tú dices; pero como que les diré:—en el baile *agarrao* no encontraréis ni belleza, ni ninguna sensación dignificante, de aquellas que ensanchan el corazón; pero sí, encontraréis muchos disgustos; no tendréis la libertad de escojer el bailador (la rutina así lo impone), en cambio tendréis la obligación de bailar con cualquiera que le dé la gana de hacerlo con vosotras. Si es un hombre que os es antipático, tendréis la ohligación de bailar con él; si os repugna su figura, habréis de permitir que os abrace; si os mortifica su insulsa ó picaresca conversación, tendréis que escucharla, ó de lo contrario no podréis bailar; porque los hombres son así: mucha libertad para ellos, pero si una joven no quiere bailar con un hombre que no le guste, en aquel baile no le permiten que lo haga con otro

que sea de su agrado. Y si á más de todo esto, sois feas ó sabéis poco de bailar, el baile os servirá de tortura. Pero si en vez de ir al baile os dedicáis á leer, ir al teatro y pasear, os instruiréis y gozaréis de sensaciones que dignifican el alma:—esto respecto al baile. Ahora lo de la iglesia:—no debéis ir á la iglesia porque no enseñan casi nada bueno, ni moral, ni útil; y si enseñan algo de estas cosas, no tenéis necesidad de ir á la iglesia; es misión de vuestros padres y de vuestros maestros la enseñanza. La iglesia, por boca de los curas, os dirá:—*Amad á Dios sobre todas las cosas.*—Yo os digo:—amad al género humano ante todo.—El cura os dirá:—*Venid á escuchar nuestros sermones.*—Yo os digo:—venid á oir nuestras conferencias.—La iglesia os prohibirá que comáis carne en ciertos días.—Yo os digo:—comed con moderación todo cuanto os venga en gana todo el año.—Un cura se encargará de dirigir vuestra conciencia, querrá saber todas vuestras faltas, todas vuestras virtudes, todos vuestros pensamientos, y cuando investigará vuestra conciencia lo hará muy cerquita de vosotras, respirará vuestro aliento, rozará vuestra carne; os hablará de cosas que vosotras no comprendéis y que por pudor no deberíais oir: si sois jóvenes y hermosas, os dirá:—*vuelve otro día que esté con más calma, que examinaremos todos los recodos de tu conciencia.*—Si volvéis, os encontrará pecados muy graves; y os impondrá una penitencia, indicándoos el sitio en que tendréis que ir á cumplirla, y os dirá:—*ya estaré yo allí para purificar este pecado tan grande.*—Si comparecéis á la cita, vuestra virtud correrá grave riesgo, porque es hombre y el voto de castidad

que ha hecho es antinatural. Vuestras penas y vuestras alegrías, mientras seáis solteras contadlas á vuestros padres, que son los únicos que os aconsejarán desinteresadamente; y el amor que os profesan hará que olviden vuestras faltas, si es que las hayáis cometido.

—Creo que prescindiendo de la iglesia se puede ser buen esposo, buen padre y buen ciudadano, y las mujeres ser buenas hijas, buenas madres y mejor esposas. Pero el baile, aunque tuviera los defectos que tú dices, no habría de desaparecer, porque vamos á ver: ¿pueden leer los que no saben? ¿pueden ir al teatro los que apenas tienen para comer? ¿y los que lo tienen, pero habitan en el campo ó en poblaciones pequeñas? No; entonces si no van al baile á divertirse, irán á la iglesia que todavía es peor.

—Muchas veces se gasta en cosas supérfluas, el importe del teatro. Que hay muchos que no saben leer, ya lo sé, y yo añado: y muchos que saben, pero no leen. Lo que hay que hacer es procurar que todo el mundo sepa leer; y lo que lea que lo comprenda. Repito que el baile *agarrao* ha de desaparecer por inmoral. Lo mismo digo del Carnaval, con sus costumbres de disparar serpentinas y arrojar *confetti* á las mujeres; como el taparse la cara, cosa que hombres desvergonzados y atrevidas mujeres aprovechan para insultar á los demás y les sirve para concurrir á bailes que degeneran á más bajo nivel que las fiestas que los gentiles dedicaban á Baco.

XVIII

—¿Estás triste, Nono? ¿Será, acaso, que has recibido un desengaño más de la Lotería?

—Algo hay de verdad en lo que dices; pero no está todo ahí. Hace mucho tiempo que tenemos poco trabajo; llegamos á fin de año y este poco nos falta, porque hacen reparaciones en la fábrica y hay que pasar balance de lo que ha rendido nuestro trabajo, tan mal retribuído. Añade á todo esto, que entre suegra, esposa y yo, hemos jugado algunas pesetas á la Lotería; ni nos ha tocado un maldito reintegro. ¿Te parece que en estas circunstancias se puede hacer cara de pascuas como vulgarmente se dice?

—Si no fuese por lo que dices de la faena, que es cosa triste el no tener trabajo, que será mientras subsista esta sociedad egoísta é inhumana, me harías reir al pensar que tienes confianza en la Lotería; un juego en que el banquero, con tres jugadas se queda todo el dinero de los puntos. Se necesita ser tonto de capirote para no ver que á uno le roban los cuartos.

—Estoy convencido de que no sacando un premio gordo, es seguro perder el dinero; pero como que la Lotería es la única esperanza que nos queda á los obreros para poseer algo, por esto juego.

—Si sacabas el premio gordo (que es muy difícil) con la costumbre que tienes de jugar en varios números, como que llevarías poca cantidad, poco sería lo que te tocaría. La manera de salir premiado es poner el dinero que tienes por costumbre jugar en cada sorteo, en una «Caja de

Ahorros», que al cabo de algunos años sacarías el premio gordo.

—Esto es más fácil decirlo que hacerlo. ¿Ya has contado con las enfermedades? Y cuando estamos sin trabajo ¿de dónde sacaremos los cuartos para hacer lo que tú dices? Esto lo pueden hacer los que disponen de un jornal fijo.

—Lo pueden hacer todos los que juegan como tú, que juegas en todos los sorteos.

—Me es imposible no jugar en la Lotería, á lo menos por ahora, porque no puedo resistir la tentación que me da el ver un *cap y cúa,* y además que sumando las cifras *fassin vintiú.*

—No mirando escaparates en los que haya décimos de la Lotería, ni escuchando á sus expendedores, te librarás de las tentaciones que te dan los *caps y cúas.* Supongo que no te habrán dado ningún resultado tus combinaciones, porque no creo que tengan privilegio los *caps y cúas.*

—Alguna desilusión es lo que he sacado. La semana pasada ví en el escaparate de una administración un décimo que reunía las condiciones que me gustan; entré á comprarlo, lleno de ilusiones, pero ¡está escrito que la dicha no ha de durar en mí, sino contados momentos! porque al salir con el décimo de mis esperanzas, me encuentro con un jiboso: sabido es que esta gente trae mala sombra, y que la lleva me lo ha demostrado el no haber sacado nada. ¿Por qué había de pasar en aquel momento el jiboso?

—Para que puedas demostrar una vez más que eres supersticioso hasta los tuétanos; porque los hay que creen que los jibosos llevan la suerte: pero unos y otros demostráis tener poca delica-

deza, porque os burláis de un ser, que, si no es como los demás, no tiene él la culpa; y aunque la tuviera, jamás se debe hacer burla de nadie, ni de nada; porque el que lo hace, demuestra mal corazón.

—Si te has propuesto mortificarme, no lo lograrás; porque tu intención no es defender á los jibosos, sino á los de tu facultad, de quienes cuando se les nombra (á un zapatero) dicen: *alabat sía*, quitándose la gorra, y otros: *toca ferro ó ja tindré mala estrugansia.* Claro que esto te mortifica; pero no hagas caso, que no lo dicen con mala intención.

—De los necios no me defiendo; al contrario, procuro enseñarles (sin pretensiones) que lo mismo son útiles á la humanidad *los oficios, que las artes* y *que las ciencias*, y que no se debe hacer burla de nada, para no poner en evidencia la poca cultura que poseen los que lo hacen.

—Los hay que tienen cultura y hacen burla de los que hemos tenido la desgracia de no podernos instruir. ¿Qué dices de aquéllos?

—Pasan por cultos á la vista de nosotros, porque no tenemos suficientes conocimientos para juzgarles; pero las personas ilustradas los tienen por pedantes, porque presumen de eruditos, y á poco de hablar enseñan la fatuidad de que están poseídos.

XIX

—Mientras el pueblo sea ignorante, no esperes, Nono, que en España mejoremos de condición los desheredados.

—¿Qué quieres que sea un pueblo de 18 millones de habitantes, cuyos gobernantes no gastan en instrucción lo que gasta la ciudad de Chicago, cuya población no llega á dos millones de vecinos?

—El Gobierno de España ya procura que sea poca y mala la instrucción que reciba el pueblo, porque de esta manera le es más fácil dominarlo.

—Si el Gobierno no procura la instrucción de los trabajadores ¿de quién la hemos de esperar?

—La iniciativa particular puede hacer mucho para la instrucción de los obreros; fundando Sociedades que se dediquen á la enseñanza; protegiendo las que hay establecidas, y procurando que la instrucción que se dé en ellas esté basada en inculcar á los alumnos el amor á la Libertad, á la Igualdad y á la Fraternidad.

—Esto sería fundar escuelas políticas. A mi entender, la enseñanza ha de estar separada, lo mismo de las religiones positivas, que de la política. La misión de la pedagogía moderna es hacer hombres enérgicos, despreocupados y cultos.

—La trilogía Libertad, Igualdad y Fraternidad fué proclamada por un partido político. ¿Quiere decir esto que es la divisa de un solo partido? No: es emblema de todos los que profesan amor á la humanidad. Dices: hay que hacer hombres enérgicos, despreocupados y cultos. ¿Cómo quieres que un hombre sea enérgico, si no es libre? La vitalidad, así los hombres como los pueblos, la demuestran defendiendo sus libertades. ¿Qué despreocupación tendrá el hombre que no admite la igualdad entre sus semejantes? No está despreocupado el que, por derecho *divino*, se cree superior á otros de su especie. La persona

culta, que no es partidaria de la fraternidad entre la raza humana, no puede inspirar más que desconfianza, porque no hará nada en favor de los oprimidos.

—Lo que hemos de procurar es conducir á nuestros hijos por el camino más recto para que lleguen á ser hombres libres y dignos de serlo.

—*¡Ser hombres!* Esto es lo que nos encargó el ilustre Rector de la Universidad de Barcelona, Dr. D. Rafael Rodríguez Méndez, la primera vez que el «Ateneo Obrero» de esta localidad tuvo la honra de oir su autorizada palabra. Para que nuestros hijos sean defensores de la equidad, es necesario llevarlos á escuelas que estén libres de rutinarismos. La enseñanza ha de ser científica y racional.

—Puedes añadir que es muy necesario que los profesores pierdan la costumbre de maltratar á los alumnos de palabra y de hecho, porque los castigos brutales dan resultados contraproducentes; como también es conveniente que dichos profesores estén identificados con la enseñanza que está á su cargo, porque si están convencidos que aquella es la mejor, les será fácil persuadir á sus alumnos; ya que enseñarán con vehemencia tal, que todas sus palabras las creerán verdades, como deben serlo. Como también una de las cosas que más ha de preocupar á los que están al frente de las escuelas, es la higiene. Sin ella, todo cuanto se haga es inútil.

—En lo que dices de los profesores, estoy conforme; pero, los padres hemos de ayudar á dichos señores, si queremos que nuestros hijos sean buenos alumnos; deber nuestro es vigilarlos para conocer sus faltas, que de esta manera podremos

corregirlas con fundamento de causa. Además los padres no deben permitir á sus hijos, si van á una escuela racional, que pasen las tardes de los días festivos con los *Luises*, que les halagan con regalos de baratijas que seducen á los niños. Los padres que esto permiten, se ponen en ridículo.

XX

—Sí, querido Nono: la bebida alcohólica es una de las calamidades que, á mi entender, causa más estragos á la humanidad; porque lleva á muchos individuos á un estado de embrutecimiento tal, que más parecen idiotas que seres racionales,

—No será tan perjudicial como dices, porque conozco á muchos que ya son viejos y lo han bebido toda su vida. Sin embargo, disfrutan de buena salud.

—Es lo que ni tú ni yo sabemos si gozan de salud; porque no somos competentes en la ciencia de Hipócrates. Lo que sí te diré, es que he sido testigo ocular, en más de un caso, de que algunos indivíduos no han podido resistir una enfermedad por el exceso de bebida alcohólica, según opinión del médico que los visitó.

—Los médicos hacen como *Bertoldo*, que no encontró ningún árbol á su gusto para que le ahorcasen. Si atiendes á ellos, nunca tienen culpa de la muerte. Sin embargo, ¡cuánta gente no habrá dejado de existir por culpa suya!

—No soy de tu opinión; y para que veas que el alcohol ocasiona males que pasan desapercibidos para nosotros, voy á contarte el siguiente caso. Dos beodos fueron atacados á un mismo tiempo

del tifus; el médico que los visitaba dijo que uno curaría, porque era bebedor de vino; y que el otro no podría resistir el mal, por el exceso que había hecho del aguardiente. No se equivocó el médico: á los pocos días murió el bebedor de aguardiente; el otro aún vive.

—Por lo visto aquel médico consideraba el vino inofensivo. Al revés de un médico que era contemporáneo de mi abuelo. Si el domingo por la noche iban á que visitara á algún enfermo y le decían que vivia en la *Calle del Massevá*, contestaba con el siguiente estribillo:

«¿Massevá? Massa vi.
Doneuli aigua calenta;
passaré demá 'l matí».

—Debían tener fama de ser *amantes de Baco* los de aquel barrio.

—Lo que había era que aquel médico tenía la monomanía de que el beber demasiado vino era causa de muchas enfermedades. Contaban los de su tiempo la siguiente anécdota: Fué á visitar á un enfermo que estaba colorado. En cuanto el galeno le vió, dijo: *aquest home lo que te es massa vi.*—Contestóle el aludido: *¡Si no 'n bech!*—Objetó el médico: *Més mal*. El enfermo cogió un Crucifijo que tenía á su lado y lo tiró á la cabeza del doctor.

—La experiencia debía haberle enseñado que el exceso de las bebidas es causa de muchas enfermedades.

—Lo que la experiencia le había enseñado era ser rutinario, como los hay todavía. ¡Desgraciado del que necesita alguno!

—Sí, desgraciados los que necesitan de médi-

cos, porque es evidente que no gozan de salud. Pero, son desgraciados dos veces los que, estando enfermos, no tienen el consuelo de que les visite un médico de su confianza, por falta de recursos.

—Es la manera de que se salve alguno, porque si no les visita médico de su confianza, dudan de todo, y se ponen en tal estado de exacerbación, que su muerte es casi segura. Si los médicos fuesen responsables de su obra, tendrían más cuidado del que tienen en algunos casos.

—Discurres como discurre el vulgo más ignorante, que cree en curanderos y milagros.... y no cree en los médicos.

—No hago más que repetir lo que decían Quevedo, Moliere y Rousseau. Entre lo mucho que escribió contra los médicos Rousseau, en su obra «Emilio», hay lo siguiente: «Y declaro que no llamando nunca al médico para mí, tampoco le llamaré para Emilio, á menos que se halle su vida en peligro inminente, porque entonces no puede hacerle más mal que matarle». ¿Lo ves? No son ignorantes los que lo dicen, sino hombres que ha inmortalizado la Historia por su saber.

—Has de tener en cuenta que estamos en el siglo XX y que hay mucha diferencia del siglo XVI, XVII y XVIII en que vivieron las celebridades que citas. La Medicina, como las demás Ciencias, en el espacio de dos siglos, ha hecho progresos inmensos. Es hoy una Ciencia, y en aquellos tiempos del *Rey que rabió*, era menos que un arte. El mismo Rousseau, que hablaba mal de los médicos, decía de la Medicina lo siguiente: «Me dirán, como siempre, que los yerros pertenecen al médico, pero que en sí misma, la Medicina es infalible. Enhorabuena; venga, pues,

la Medicina sin el médico». Pregunto yo: si la Medicina es infalible, lógico es que nos sirvamos de ella. ¿Quién es el que ha de aplicarla? A mi entender, los médicos, que son los que la han estudiado.

—Quédate con tus médicos, que yo me quedo con la Higiene, que es la parte más esencial de la Medicina y la que nos ha de librar de las enfermedades.

—Pero ¿es que la Higiene no es cosa de los médicos? Mucha higiene; no beber alcohol. Son cosas útiles para conservar la salud. Si con estas precauciones me pongo enfermo, mandaré por el médico; aunque me deje morir, no *matarme*, que no hacen, ni quieren tanto.

XXI

—¿No te gustaría, Nono, volver á dar la vuelta por la montaña de Monseny, como lo hicimos hace algunos años?

—Ya lo creo que me gustaría: todos los años, en este tiempo de calor insoportable, recuerdo á Santa Fe y aquella agua tan fresca y cristalina que parece que diga:—probadme, que si lo hacéis, además de apagaros la sed os abriré el apetito.— Efectivamente, todo esto se consigue bebiendo aquella rica agua.

—¿Y qué diremos de la impresión que siente el viajero al pasar por debajo de la bóveda que forman las hospitalarias hayas?

—Todavía recuerdo la impresión que me causó cuando salimos de Santa Fe con dirección á San Marsal. ¡Con qué placer pasaría estas horas de sol

abrasador debajo de aquellos grandes árboles, mirando las florecillas que se balancean, los hongos y musgos que alfombran tierra y raíces, y gozaría de todas las impresiones que producen semejantes túneles vegetales!

—Hermoso país, pero lleno de precipicios; aún recuerdo el mal rato que pasé en dicha excursión, por tener la caballería que yo montaba el defecto de tropezar muy á menudo. ¿Te acuerdas del resbalón que dió cuando atravesábamos la pendiente que forma la montaña de las *Agudas*?

—Ya lo creo que me acuerdo; y buen susto que me diste: así que tu caballo, delgado y flaco como «rocinante», dió el tropezón, creí ver caballero y caballería rodar por aquel peñasco; pero al ver que no había sido nada lo del tropezón, y al notar la metamórfosis que se había operado en tu persona, me resarcí del susto que me habías dado. En un momento te volviste de alegre en melancólico, de hablador en callado, de inquieto en pacífico. Me decía entre mí: lo que puede el dar un tropezón cerca de un abismo; á un hombre atolondrado volverlo juicioso y grave, á lo menos por algunos momentos.

—Si mi caballería hubiese tenido la práctica de aquel país, como la tenía el asno que tú montabas, de seguro que no habría pasado el susto que pasé. En cuanto á lo que dices que notastes un cambio en mí, es verdad; y si no hubiese creido que el apearme me ponía en ridículo, lo hubiera hecho. ¡Maldito orgullo, de cuantos males eres causa! Si tú, que ibas á caballo de un jumento de más conocimientos que el de Sancho Panza, no estabas tranquilo, ¿qué hay de extraño que yo, que montaba un mal rocinante, estuviese inquie-

to? Y que estabas intranquilo lo prueba los consejos que dabas á tu jumento, diciéndole:—cuidado con tropezar, porque podríamos perdernos los dos; y si me salvo yo, también te salvarás tú;—y el razonado asno aprovechó tus sabios consejos, dignos de Sancho.

—Tienes razón en lo que dices de mi jumento, por aquello que dijo Sancho: «*quien bien come bien razona*», y mi caballería había comido bien. Y sin otra hazaña digna de contarse, llegamos á San Marsal «El Caballero de la Triste Figura y su digno Escudero», y si en realidad tú no eres D. Quijote ni yo Sancho, en cambio éramos la caricatura de los protagonistas de la inmortal novela del gran Cervantes (según me dijo aquel cura que iba vestido, con muy buen acuerdo, como los demás hombres).

—Sí; aquel cura era simpático porque no llevaba traje talar; pero en cambio tenía el defecto de que cuando por la noche se había recogido toda la gente en el mesón, sin preguntar á la concurrencia si estaba conforme con ello, sacaba el rosario y se ponía á rezar en voz alta; y como que siempre los hay dispuestos á secundarlos, ponían en un aprieto á los que no estaban por rezos.

—Sí, pero tú te marchastes á visitar aquella fuente que tiene tan rica agua, y que te seguimos muy pocos; creo que éramos cuatro. Cuando te levantaste, el cura te lanzó una mala mirada.

—Creo que fué la mejor manera de solucionar aquella situación enojosa.

—Pero al día siguiente, cuando tú habías ido á cazar, hablé buen rato con él, y me dijo: — su compañero debe ser algún hereje; — yo le dije: si

es ó no hereje, no lo sé; lo que sí sé, es que prescinde de todas las religiones positivas.

—¡Qué cara debía poner cuando le dijiste eso!

—No sé que cara pondría, porque sólo atendí á lo que me dijo, que es lo siguiente:—vamos, un hombre sin fe y sin moral; — yo le respondí: de esto de la fe si que no sé cómo está; en cuanto á moral, la practica como el que más; y en este punto dejamos de ocuparnos de tu persona.

—Es lo mejor que podíais hacer.

—Así lo entendimos; y después de hablar de varios asuntos, me invitó á dar un paseo hasta llegar á una piedra que dijo que era una curiosidad. En aquella piedra acaba la jurisdicción de tres obispados: el de Barcelona, el de Vich y el de Gerona.

—Ya recuerdo; es aquella que me enseñaste cuando íbamos en dirección á San Segismundo: por cierto que al poco rato de dejar dicha piedra, llegamos á una cuesta que tan sólo de recordarla sudo. Allá me gustaría ver á ciertos representantes del pueblo, que no quieren ir á ninguna representación oficial, si no les llevan en coche (pero pagando el pueblo). A lo menos pedirían un globo para subir aquella cuesta.

—¿Sabes lo que harían? No despedir las caballerías, como lo hicimos nosotros, y de este modo habrían llegado á San Segismundo, primero, y á Monseny después, sin haber padecido lo que padecimos nosotros.

—Si tenían que pagar las caballerías de su bolsillo, no sé lo que harían. En cuanto á lo de padecer, no hicimos más que dar motivo á los que se burlan de todo lo hicieran de nuestras fachas; lo mismo que algunos habían hecho el día antes (de-

mostrando tener mal corazón) con aquel joven que llegó á San Marsal hecho un *Ecce Homo,* diciendo que venía de las *Agudas* y que se había extraviado

—No compares nuestro estado con el de aquel pobre hombre: nada menos que llegó sin color en la cara, las piernas llenas de cardenales, la ropa hecha girones: vamos, que daba lástima el mirarlo.

—Las cosas que tengo más presentes de aquel viaje son aquel vahido que tuve al llegar á San Segismundo, creo que por efecto de mirar aquel precipicio y de no haber almorzado; y lo que pasó á aquel conocido tuyo, que por el camino se agregó á nosotros.

—Ya recuerdo: aquel hombre que estaba herniado y que al llegar á San Segismundo le perdimos de vista.

—Y que yo te dije:—ven conmigo, que lo encontraremos en la capilla orando á San Segismundo que le cure la quebradura, pues, según dicen, este santo tiene el don de curar á los herniados.

—Efectivamente; allí estaba nuestro hombre, que después de haber comido nos dijo: — desde que he orado me encuentro mejor; — á lo que le respondistes tú: — ¿no podría ser efecto de haber comido bien el encontraros mejor?

—Respondiendo él:—he ahí una cosa en que no había pensado.

XXII

—Mientras el pueblo esté faltado de cultura, no hay nada posible: esta es mi opinión, Nono.

—Si los desheredados hemos de esperar, para el mejoramiento de condiciones, que el pueblo tenga la instrucción que tú apeteces, ya podemos esperar hasta el día del *juicio,* que es como decir no vendrá nunca.

—Si nos preocupásemos más de lo que hacemos en educar á nuestros hijos y á nosotros mismos, lograríamos grandes ventajas; no tan sólo los desheredados, no, que también las obtendrían las demás clases sociales. Estos que se titulan directores de sus semejantes, en el orden religioso unos y en el orden civil otros, no hacen nada por la clase inculta. Ni siquiera quieren ver, y si lo ven no les es conveniente el remediarlo, que la falta de cultura de la clase explotada, como también la de muchos explotadores, por no conocer los preceptos higiénicos unos y por no cumplir con ellos otros, es causa de que se contraigan enfermedades contagiosas, como tifus, viruela, tisis, etc., etc.

—¡Vaya una gente que has nombrado! Los pastores espirituales dicen: *nuestro reino es el de los cielos;* y mientras su rebaño tenga fe en ellos, les tiene sin cuidado que no conozcan las leyes higiénicas; por lo tanto, no hemos de esperar nada bueno de los que dicen que desprecian todo lo de este mundo, y sin embargo procuran vivir bien en él. Los directores en el orden civil, sí que se preocupan de los proletarios: se reune un cuerpo de legisladores; hace leyes encaminadas á mejorar la situación en que viven los obreros, en higiene, en alimentación, en aumento de jornal y en reducción de horas de trabajo; pero siempre quedan sin efecto; y si alguna se pone en vigor, se mixtifica de tal manera, que los que la

han dictado no la conocen; pero estos, salvando raras excepciones, se quedan tan frescos sin protestar del incumplimiento de las leyes que ellos han legislado. Son tantas las leyes que se dictan y tan pocas las que se cumplen, que si quisiéramos poner en evidencia las que quedan en descubierto, sería tarea de nunca acabar, porque este es el país clásico del incumplimiento de las leyes.

—¿Quién tiene la culpa, si no se cumplen?

—Las autoridades la tienen, porque no obligan á cumplir con ellas á los que no lo hacen, y ya que están encargadas de administrar justicia, que cumplan con su deber.

—¡Buenas están las autoridades para administrar justicia! De querer cumplir con el cargo que desempeñan, tendrían que indisponerse con sus amigos y con las clases pudientes; esto les daría disgustos sin cuento, porque les obligaría á abandonar el cargo. Pero ellos dicen como los consejeros de la zarzuela *El Rey que rabió:* «todo, todo, menos la dimisión».

—Entonces habrá que crear un cuerpo especial que tenga facultades para inspeccionar los establecimientos, así públicos como privados, lo mismo los palacios que las chozas, y allí donde no impere el régimen higiénico, que se obligue á los dueños á sanearlo, imponiendo fuertes multas á los que reincidan, y para que esto se cumpla se hará responsables de las infracciones que cometan los ciudadanos á las leyes higiénicas, á los del cuerpo especial.

—¿Sabes lo que se lograría con la creación de un cuerpo que tuviese las facultades que tú dices? Formar un cuerpo de espías á la disposición de

los gobernantes. ¡Qué de disgustos no causaría á la gente liberal! Con las facultades que tendrían de entrar á todas horas en las casas y de registrar todos los departamentos, tomarían nota de la manera que viven las familias, y por los objetos que se ponen como adorno en las paredes y en otras partes, sabrían las opiniones que tiene el dueño de la casa. Créeme, sería un cuerpo de delatores de la gente progresiva.

—¡Qué pesimista eres! Con tus teorías no hay nada posible; porque, si las autoridades no hacen nada en favor nuestro, y si se nombra un cuerpo especial para que haga cumplir las leyes no ha de servir más que de delator contra la gente progresiva, entonces no hay remedio para nosotros.

—Si el pueblo no cobra energías para derrumbar este régimen que nos envilece, no lo hay; pero si se procura lo necesario para adquirirlas, le será fácil el cambiar la manera de ser de la sociedad actual.

—¿A dónde quieres que vaya á buscar energías este pueblo, que ya le han quitado los elementos de nutrir el estómago, manantial de toda virilidad? No tenemos energías para rebelarnos; nos hemos dejado castrar; impera en nosotros el fatalismo musulmán *estaba escrito*, corregido y aumentado con esta frase: *no hay remedio para nosotros*. El pueblo que respira un ambiente putrefacto como el que respiramos nosotros, muy difícil ha de ser el sanearlo.

—Ahora resulta que eres tú el pesimista: el pueblo cobrará energías si procura instruirse. La instrucción es la fuente que les dará agua abundante y límpida; esta agua está compuesta de sentido común, de raciocinio, de fuerza de volun-

tad, de criterio propio, de clarividencia para conocer á los que se visten con traje de demócratas y honrados, siendo absolutos y villanos; y energías para transformar esta sociedad, que está compuesta, en su inmensa mayoría, de hipócritas y egoístas, en otra sociedad formada por seres libres y humanos.



EPÍLOGO

Queridos hijos: Al dedicaros este librito, lo hago para que os sirva de estímulo á la lectura. En él encontraréis cómo piensa, siente y razona vuestro padre. Todos los consejos que doy á *Nono* son para vosotros. Si los seguís, arrostraréis con energía las vicisitudes de la vida; que no son pocas las que encontraréis en su transcurso.

No seáis ambiciosos ni avaros: lo uno y lo otro son la causa de que no se viva con tranquilidad. El ser que se hace cargo de lo que es el mundo y cumple con su deber, vive tranquilo, porque está bien con su conciencia y satisfecho de sí mismo; satisfacción que gozará toda la vida, si está convencido de que *sus derechos acaban en donde empiezan los de los demás* y sabe amoldarse á ellos.

No esperéis, no, como espera la inmensa mayoría de los mortales, hallar la felicidad en el capitalismo y en la holganza; que son muchas veces el malestar de las familias. Ya sé que hay un refrán que dice: *Los duelos con pan son menos*. El mal está en que haya quienes hagan un derroche de las subsistencias, mientras muchísimos no pueden atender á sus necesidades y otros se mueren de hambre. Los primeros, si tienen concien-

cia, no pueden ser felices, porque ¿quién es el ser que siendo humano y bueno, puede estar satisfecho de su posición, viendo á miles de sus congéneres faltos de lo más indispensable para vivir? Si lo que poseen lo han heredado de sus mayores y reflexionan, verán que sus capitales no pueden ser producto del trabajo, porque demostrado está que con sólo el esfuerzo del trabajo de un hombre ni de dos, no se puede hacer una fortuna. Todas las fortunas son producto del privilegio, del agio ó de la explotación del hombre por el hombre. Los que son ellos mismos que se enriquecen, no han de preguntar á nadie cómo se hacen las fortunas; de sobras saben que es por los procedimientos indicados. Por lo tanto, si por medio del dinero satisfacen los apetitos de la bestia humana, no logran adquirir la tranquilidad de la conciencia. Ya sé que os dirán, los que sólo gozan en las sensaciones que produce la insulsa materia, que esto es idealismo puro, que el que posee inmensas fortunas puede satisfacer todos sus caprichos y realizar todo lo realizable, y que el dinero lo puede todo. No lo creáis: el dinero nunca dará honra á quien la haya perdido, ni hará á ningún ser bueno, ni nadie logrará con él que le tengan amor verdadero, ni da conocimientos, ni hace á nadie noble y elevado. Lo que da el capitalismo, á los que lo poseen, salvando rarísimas excepciones, es fatuidad, vicio y holganza. Por esto es, hijos míos, que os aconsejo que no os deslumbren ni las comidas, ni la indumentaria de los ricos; pero procurad que tengáis lo indispensable para vivir, no tan sólo vosotros, no, que también lo tengan los demás; perteneced á la escuela de los que defienden que todos los seres que consumen tienen

la obligación de producir, si sus facultades mentales y físicas se lo permiten. Cuando veáis á algunos que para pasear van en coche ó á caballo, no los imitéis; porque yendo á caballo no gozaréis de las sensaciones que uno siente yendo á pie al llegar á la cima de un monte ó de un collado; el placer que nos causa el encontrar una fuente de agua fresca y cristalina después de haber andado algunos kilómetros padeciendo sed; ni la libertad de detenerse cuando uno siente necesidad de ello, para admirar la hermosura de la Naturaleza; ni nunca conoceríais el placer que se siente al acostarse después de haber hecho una excursión por el monte; ¡qué bien se descansa! Este placer sólo lo pueden gozar los que están fatigados. Además de todas estas emociones que se gozan andando, se vigorizan el cuerpo y el espíritu.

Amados hijos: Os recomiendo que no seáis vengativos; que olvidéis los agravios que os hayan inferido, pagando bien por mal, porque gozaréis de las emociones que produce el haber demostrado que tenéis buen corazón; estudiad mucho, porque nunca se sabe bastante: «la instrucción empieza en la cuna y acaba en la tumba»; cuanto más vastos serán vuestros conocimientos, más notaréis lo poco que alcanza vuestro saber; es necesario que os acostumbréis á pensar, para tener criterio propio; no seáis esclavos de nadie; en cambio sedlo de vuestra palabra, de vuestra honra y de vuestra virtud; sed agradecidos con todos los que contribuyan á mejorar vuestra cultura; respetad la manera de pensar de los demás, para que ellos respeten vuestros ideales; no seáis orgullosos; sed defensores de los oprimidos; por más que supiéreis, no hagáis ostentación de ello;

si no queréis tener desengaños, no pongáis demasiada confianza en los hombres, ponedla en los ideales; para salir airosos de cualquier empresa, habéis de considerar antes de emprenderla, lo siguiente: si es de inteligencia, si la tenéis; si es de dinero, si está en vuestro poder; si de otros asuntos, si son lógicos y justos; nunca debéis imponeros á los demás; pero, defended con energía lo que sea justo y equitativo; tratad á vuestros padres, como habéis visto que nosotros hemos tratado á los nuestros.

Si seguís estos consejos, la vida os será más llevadera.

VALE.